

Bienvenida a unos republicanos franceses

LA visita a Barcelona de un grupo de insignes personalidades de los partidos republicanos franceses es un grato acontecimiento que merece ser destacado. Figuran entre los visitantes, que habrán cruzado esta mañana la frontera de nuestra patria, diputados, publicistas y políticos pertenecientes al Partido radical-socialista y a otras organizaciones republicanas. Algunos de ellos, como decíamos ayer, han desempeñado cargos de gran relieve en el Gobierno de su país, y todos ejercen, por su representación y sus méritos, una evidente influencia sobre la opinión pública francesa. Durante su estancia en Barcelona serán huéspedes de honor de los partidos republicanos nacionales y regionales, a cuyo Secretariado de Relación se debe la feliz iniciativa del viaje.

Barcelona no puede presentarse a sus ilustres visitantes con otras galas que las de su martirio. La ciudad, brillante y espléndida, sufre hoy el dolor de sus piedras heridas. Permitirán nuestros amigos franceses que Barcelona las exhiba con orgullo. El mordisco feroz de las agresiones aéreas no ha hecho mella en su espíritu, es de buen temple. Toda la España republicana, podrán comprobar nuestros amigos, ofrece, como Barcelona, para quien se acerca a ella con cariño, un espectáculo humano de gran calidad.

Durante varios días podrán contemplarlo los republicanos franceses sin que nada estorbe a su observación. El viaje de estos amigos de España es, en efecto, algo más que un gesto de cortesía, con ser el valor de ésta muy apreciado; obedece, también, a un afán de información directa y auténtica, que los republicanos españoles se complacen en ofrecer a sus correligionarios del otro lado de la frontera. Es, finalmente, un acto de solidaridad republicana, de amistad y buena relación entre republicanos de uno y otro país.

La solidaridad internacional, tan fuertemente sentida y practicada por los partidos obreros y las organizaciones sindicales, ha podido parecer desmayada y fría en las zonas más templadas de los partidos democráticos. Consagrados éstos a sus respectivas políticas nacionales parecen tender al aislamiento, ya que no a la indiferencia. Por ello, mientras han sido frecuentes las visitas a la España republicana de "leaders" obreristas de distintas tendencias, se han hecho raras las de los hombres representativos del liberalismo y la democracia europeos. Y, sin embargo, entre ellos cuenta la República española con amigos muy devotos y leales que comprenden el verdadero significado de nuestra lucha y saben apreciar el titánico esfuerzo de los demócratas españoles. Acaso expresen su amistad con menos efusión, pero en ocasiones la practican con mayor eficacia.

No olvidemos, en efecto, que es Francia, gobernada por republicanos, el único país de Europa—aparte, naturalmente, la U. R. S. S.—que no mantiene relaciones con los facciosos. La presión interesada de las fuerzas reaccionarias, que en algunos países ha conseguido quebrar la voluntad incluso de ministros socialistas, no ha logrado semejante claudicación de los gobernantes republicanos franceses. Ellos han mantenido también con enérgica voluntad la oposición a conceder a Franco los derechos de beligerancia.

Pecaríamos de insinceros si dijéramos que nos ha dado plena satisfacción esa leal actitud, cuando tanto falta todavía para que nuestro derecho sea reconocido y respetado. Pero creemos que no es ocioso señalar el contraste.

Para los republicanos franceses España no es solo, en estos momentos, un tema de solidaridad política o ideológica. A ellos, como a nosotros, nos interesa naturalmente la defensa común de la democracia, de la libertad, de la República. Pero otra solidaridad más activa y sólida funde también nuestras preocupaciones y hermana nuestras conductas: la defensa de intereses comunes en el Mediterráneo, la similitud de destino como pueblos europeos.

Para hacer efectiva esa orientación política precisa que las relaciones entre republicanos franceses y españoles sean constantes; que la amistad entre unos y otros se fortalezca con el trato; que aquéllos conozcan la magnitud de nuestro drama y la realidad de nuestra situación; que descubran, en fin, la rica potencia moral de nuestro pueblo, el vigor de la institución republicana y la vitalidad del sentimiento democrático en España.

Los republicanos españoles no olvidan lo que en su formación política deben a los republicanos franceses. Y al darles su bienvenida cordial, quieren poner, junto a ese recuerdo, la esperanza de un saludo al porvenir.